Vidas de artistas
Para salvar la frescura

Ramón Mayrata

Lo que el mercado ofrece a los artistas no es ninguna maravilla. ¿O sí? El mercado trata de exigir al artista que cree su propio mercado. ¿Besar el látigo? ¿*Eres un rosbif que he adquirido y te relleno con mi propia cebolla,* tal como escribió Anne Sexton? O por el contrario independencia: la posibilidad de sostenerse financieramente a sí mismos. En todo caso el artista en el siglo xxi no se ocupa sólo de crear su arte. También se ve empujado a crear un mercado para su arte.

Para los que consideran que el artista ha de ser el catalizador del cambio social la pretensión de una actividad crítica se convierte en una travesura infantil pues entraña la previa aceptación del orden económico y social objeto de su crítica, además de sevicias y corruptelas inaceptables.

Leyendo periódicos atrasados uno se hace una idea de que hace tiempo el cambio social y cultural va en otra dirección. Las desdichas salen de caza. Se ha extendido la peste de la desigualdad a través de la concentración económica en unas pocas manos como consecuencia de la globalización, la revolución tecnológica y las nuevas formas de producción. El marco es el del eclipse de las ideologías, la deslegitimación del Estado-nación y la crisis de la democracia. Las consecuencias se manifiestan en nuevas relaciones de poder y en una estructura social planetaria inédita que excluye a determinados sectores de la población y a ciertas sociedades. Percibimos la mugre de la insolvencia donde había sido desterrada, al tiempo que sentimos el bisturí de la ciencia y la tecnología tajando con crudeza la esfera de lo humano, el resplandor de acero de la explotación ilimitada de los recursos naturales y las nubes sucias de la catástrofe medioambiental.

¿De la sintonía con las fuerzas de la naturaleza a la sintonía con las fuerzas del mercado? ¿Es desconocida la situación? La dependencia económica se plagia a sí misma. Desde siempre el artista se ha visto obligado a navegar en mares encrespados por mecenazgos y patrocinios o por su ausencia. Financiaciones escarpadas, a veces calabozo, a veces libertad, que le obligan a adoptar máscaras y roles distintos a su trabajo principal: crear obras de arte duraderas.

El problema es espinoso para la sociedad. Por una parte impone límites y barreras a la creación artística. Por por otra parte la sociedad es inconce-

bible sin una actividad, como el arte, que le empuje a ir más allá de sí misma. ¿El arte tiene otra función que imaginar nuevas posibilidades como posibilidad real?

Desde hace veinte años no hay demasiadas noticias del saber en el poblado mundo de las tecnologías de la comunicación. Para encontrar sus rastros es necesario salir de caza. El saber ha sido desplazado de las imágenes por la información. Está ausente o falsificado en las palabras. ¿Qué se quiere decir cuando se habla de sociedad de conocimiento? El idioma es un espejo invertido pues aumenta la ignorancia y se restringe el acceso a la formación, cuando no se hace imposible.

La vida no es gentes y escenarios, sino pensar y sentir, decía Wallace Stevens. Podría de servir de aviso a la utilización de las redes sociales. Sin duda el pensar y el sentir también han encontrado su hogar en internet y, con ellos, el arte. Al tiempo afronta nuevos desequilibrios pues corporaciones y emporios desplazan a codazos, solapan o marginan propuestas, seres y culturas de las que no obtienen un beneficio propio.

¿Quién piensa en la libertad del viento? Se desdeña al artista ensimismado. Una especie que jamás ha existido. ¿El artista ha de integrarse en la sociedad a la que pertenece? ¿Ha de renunciar a la observación? ¿A la rica actitud del voyeur? ¿A su autonomía? ¿A la subjetividad? ¿A la exigencia intelectual? ¿Al nomadismo? ¿A la excentricidad?

¿Es posible ofrecer respuestas innovadoras sin situarse fuera de los consensos sociales? Al arte se le pide que reinvente el mundo. ¿Cómo, si no es desarrollando una visión personal y única? ¿O se puede lograr preguntándose qué es lo que la audiencia desea? ¿Las respuestas individuales son sencillamente solipsismo? ¿El arte es reflejo de una sociedad? ¿O es la ausencia iluminada de algo que pugna por existir aunque en este momento no exista?

Vidas de artistas nos invita a asomarnos a una variedad de respuestas individuales en primera persona. ¿Cómo forjan los artistas su presente? ¿Cómo crean su propio ambiente y sus condiciones de trabajo? ¿Cómo encaran las formas de mostrar a los demás su arte? ¿De qué manera persuaden a la comunidad de que el arte es valioso? ¿Cómo se adaptan a la realidad económica?

En definitiva cómo el arte se reinventa. Porque el arte es siempre un recién nacido al que interrogamos a la puerta del útero.